

CARTA DE ADVIENTO-NAVIDAD 2010

Una evangelización con estilo

Con motivo de los 500 años de la llegada de los dominicos a América

Estamos conmemorando los **500 años de la llegada a América** de los primeros dominicos en 1510. Aquellos frailes marcaron un estilo de predicación y evangelización que sigue siendo ejemplar en muchos aspectos para nosotros. Su testimonio tiene un valor permanente por su acción y su reflexión, por su lucidez y valentía. Hacer memoria de este aniversario es recibir impulso para actualizar el estilo dominicano de la predicación. El coraje de Pedro de Córdoba y la primera comunidad, el lúcido pensamiento humanista de Francisco de Vitoria y el compromiso de Bartolomé de Las Casas siguen siendo referentes hoy. En ellos se han plasmado ejemplarmente los principales rasgos del estilo dominicano de evangelización. El **sermón de Adviento** de Montesinos en 1511 ha sido una encarnación viva de ese estilo y, a su vez, una llamada para que todos nosotros, en cada nuevo Adviento, recuperemos el aliento del Dios que viene a acompañar a la humanidad para que **actuemos siempre con esperanza**.

En los pasados meses hemos celebrado dos congresos conmemorativos de esta efeméride. El primero en la ciudad de Santo Domingo (República Dominicana) y el siguiente en Salamanca. La celebración de estos dos congresos –en América y en España- prácticamente seguidos, es una expresión cargada de simbolismo. Por un lado, simboliza el **encuentro**, ante todo, de aquella primera comunidad de dominicos con el pueblo indígena americano; un pueblo que vivía en explotación injusta e indecible sufrimiento. Encuentro que puso en marcha la búsqueda de la justicia, el cuestionamiento del derecho a la conquista, el compromiso con una evangelización en libertad y paz, y que fue germen de nuevas leyes y, de modo más decisivo, del “derecho de gentes”. Además, simboliza, por otro lado, el vínculo tan estrecho que unió a los teólogos e intelectuales con los frailes misioneros y comprometidos en la acción evangelizadora en América. Teólogos y misioneros, estudiosos y hombres de acción, vivieron en una fecunda simbiosis -como ha mostrado en sus investigaciones fr. Ramón Hernández- que enriqueció la reflexión y renovó la teología y sirvió, a su vez, para orientar mejor la acción práctica hacia los ideales que proponían la razón y la fe.

Al hablar de una evangelización con “**estilo**”, no me refiero con este término a una mera postura estética o a un formalismo de apariencias. El “estilo” es un modo de ser adquirido por una fe y una voluntad en la tarea de hacer la vida. Pertenece a la sustancia del discipulado, ya que el discípulo guarda un peculiar estilo semejante al de su maestro. El discípulo no está llamado solamente a reproducir el contenido del mensaje, sino también la forma de vida y las actitudes a través de las cuales ha recibido ese mensaje y el modo como ha calado en su alma. Como se repite, “el medio es el mensaje”, y, de igual modo, el estilo transmite algo sustancial de un determinado mensaje. La fe cristiana no es sólo unos contenidos dogmáticos que se profesan, sino un estilo de vida: la vida con estilo evangélico. Hoy día quizás debamos empezar por

mostrar este estilo de vida, que lleve a que la gente se haga preguntas, antes que ofrecer respuestas. La propuesta de la fe se comunica, ante todo, desde el estilo evangélico testimoniado. Parece más necesario en nuestros días manifestar ese estilo que enseñar unos contenidos doctrinales. Es obvio que los contenidos son esenciales, pero el estilo se ha convertido hoy en el mejor lenguaje del mensaje de la fe. Igualmente, el estilo dominicano de evangelización trata de reproducir el estilo evangélico, con los acentos propios que ha ido adquiriendo en la tradición de la Orden. Uno de los momentos que han marcado el estilo dominicano es el de la llegada a América, y lo que todo ello trajo consigo de renovación de los métodos de evangelización y de aportaciones a la reflexión teológica, filosófica y jurídica. Me fijaré en cuatro rasgos que caracterizan el estilo dominicano de evangelización, articulados en torno a la **comunidad**, la **verdad**, la **diversidad** y la **compasión**.

El estilo comunitario de la predicación

La Orden llegó a América como comunidad y en comunidad. Los primeros frailes dan testimonio de la predicación de la Orden, que es una **predicación sostenida y alentada en comunidad**, y testimoniada en una vida de **fraternidad** que quiere ser predicación ella misma. Nuestro reciente Capítulo General de Roma (2010) afirma: *“Tan importante consideraba Domingo el ministerio de la predicación que quiso encomendárselo a la comunidad. Desde los orígenes se atribuyeron varias funciones esenciales a la comunidad dominicana en relación a la predicación: 1) Garantizar la permanencia y continuidad de la predicación y no dejarla al albur de los individuos. 2) Apoyar a los hermanos y hermanas en sus iniciativas y proyectos apostólicos, y especialmente en los momentos de cansancio, de desaliento, de tentación de abandono. 3) Acreditar con la vida evangélica (oración, pobreza, comunicación de bienes, vida fraterna, solidaridad con los pobres y las víctimas...) la verdad y la eficacia transformadora del Evangelio predicado. 4) Ayudarnos mutuamente a escuchar los clamores de la humanidad”*.

Además, es una comunidad que forma parte, de manera inequívoca, de la realidad más amplia que es la Orden. Aquellos frailes procedían de la Reforma, la que se vivía en el convento de San Esteban de Salamanca, caracterizada por la **vuelta a las fuentes de la vida dominicana**, tal cual Santo Domingo de Guzmán la había soñado. Como muchas reformas en el seno de la Iglesia, suponía la vuelta a la pobreza, a la oración y al estudio. Este les había permitido mantener un contacto directo con la Palabra de Dios, particularmente con los Evangelios. No cabe duda que querían llevar la forma de vida comunitaria propia de la predicación evangélica. Parece claro que fueron capaces de hacer lo que hicieron porque procedían de aquel movimiento de renovación espiritual. Sin ello, no habrían tenido la sensibilidad evangélica para captar lo que supieron ver a la luz de la fe cristiana; tampoco habrían tenido valor para denunciar los atropellos y pecados. La radicalidad espiritual de su vida les permitió comprender las injusticias y la gravedad de la situación de los explotadores, así como los sufrimientos causados. Es lo que les dio motivación para poner en marcha la denuncia y fuerza para mantenerla.

El sermón más famoso de la Orden, el de fr. Antonio de Montesinos el cuarto domingo de Adviento, fue un **sermón comunitario**, firmado por toda la comunidad y

entregado al mejor orador para que lo proclamase. Comienza haciendo referencia a la figura de Juan el Bautista: *“Soy una voz que clama en el desierto”* (Jn. 1, 23). La vida del fraile quiere ser toda ella predicación y, por ello, uno mismo se convierte en voz. Al Bautista se le llama “voz” porque todo él era una predicación. El testimonio de la vida comunitaria está llamado a ser la voz de la mejor predicación. No necesitamos tantos intérpretes aislados cuanto la voz armoniosa y polifónica de la comunidad, que integra las diversas voces individuales, como un eco del Reino de Dios en el mundo.

Somos “voz”, pero no somos la Palabra. El predicador **presta su voz a la Palabra**. Con su vida trata de ser la voz que dé testimonio de la Palabra. No nos predicamos a nosotros mismos; prestamos nuestra voz a la Palabra que nos ha sido dada. El estilo comunitario de la predicación refleja que todos estamos al servicio de una Palabra que nos precede y trasciende, de la que nadie tiene el monopolio y el uso exclusivo. Desde el origen de la Iglesia se predica con otros y desde el origen de la Orden también se predica con otros. Y no se hace así sólo para apoyarnos unos a otros, sino también para mostrar que **nadie tiene la exclusiva de la Palabra**. Toda la comunidad de predicadores está a la escucha de la Palabra de Dios, que tiene el primado y la primacía a la que todos asentimos. Como consecuencia, debemos tener el valor de escuchar cómo el hermano recibe y contempla, interpreta y vive, esa misma Palabra. El peligro del monopolio sobre la Palabra está en que puede acabar siendo manipulada para justificar las propias posiciones. Por eso, predicar en comunidad es renunciar a ese monopolio; es tener valor para escuchar y recibir la Palabra de Dios mediada por la palabra del hermano. Para ser predicadores todos necesitamos el contraste con los hermanos.

No nos predicamos a nosotros mismos, sino el Evangelio del Señor Jesús. La predicación de aquellos primeros frailes en América estaba centrada en Jesucristo, a quien anunciaban como vida y justicia, vinculando la predicación del Evangelio a la promoción de la justicia y la dignidad humana. Como destaca fr. Gustavo Gutiérrez, sus sermones no sólo eran teológicos sino de profunda raigambre bíblica, haciendo constantes citas de la Biblia, sobre todo de los Evangelios. De ello dan testimonio los escritos de Bartolomé de Las Casas. Conocían muy bien la Palabra de Dios y se habían identificado con ella, por la contemplación y escucha comprometida de la Palabra, asumiendo el estilo de vida propio de los apóstoles. Bartolomé de Las Casas afirma que los frailes de la primera comunidad en Santo Domingo eran *“hombres espirituales y de Dios muy amigos”*.

Ser **“voz que clama en el desierto”** puede parecernos algo inútil e ineficaz. ¿Para qué vale predicar en el desierto? Lo más apetitoso es predicar cuando uno tiene asegurado el aplauso del público, al menos la felicitación de los incondicionales. Pero ¿quién puede hacernos “la ola” en el desierto? El desierto en la Biblia tiene también una connotación positiva porque es el lugar al que nos conduce el Espíritu. El Espíritu llevó a Jesús al desierto, cuyo sentido queda desde entonces trastocado. De lugar de infidelidad, pasará a ser el lugar del amor primero y de encuentro con el Dios que viene a nosotros por misteriosos y desconcertantes caminos. Pero en el texto del Bautista precursor, el desierto mantiene su simbolismo negativo. Es el lugar de la tentación por antonomasia, a saber, la de abandonar a Dios para volver a los ídolos. Es lo que en tierras americanas les recriminan la voz de los predicadores a los conquistadores: han cambiado la fe en Dios por los ídolos materiales del oro y el

dinero. También los predicadores podemos sentir a veces las tentaciones de la idolatría. ¡No estamos a salvo de esas tentaciones y otras parecidas! La comunidad es sumamente necesaria para atravesar los desiertos de las idolatrías. Nos ayudará a resistir en la dura marcha y a sobrevivir fieles en medio de bastantes confusiones y desconciertos. La comunidad debe ser el antídoto contra las idolatrías actuales del individualismo, el consumismo y la indiferencia. Es la comunidad la que nos ayudará, a su vez, a encontrar el modo apropiado y las formas adecuadas para una predicación difícil y, a veces, “molesta”.

La comunidad ofrece a la predicación otra cualidad. La predicación no se improvisa; requiere tiempo de preparación, de **reflexión silenciosa, laboriosa y compartida**. No sabemos cuánto tiempo llevó a aquella primera comunidad escribir un sermón común. ¿Cuántas reuniones capitulares habrían tenido? ¿O lo habría escrito el hermano más inquieto y testarudo, y lo habrían firmado los demás para que les dejase en paz? No parece que fuera así, ya que sabían muy bien que aquel sermón tendría importantes consecuencias. Sabemos que se quedaron sin limosnas y pasaron hambre, además de las previsibles denuncias a las autoridades. Lo que es evidente es que la predicación exige reflexión y diálogo, sobre todo en circunstancias adversas donde el rechazo parece asegurado. Una reflexión que viene del estudio, la oración y meditación, y por la mirada atenta a lo que se vive alrededor. La reflexión debe ser igualmente un acto comunitario de diálogo en el que todos se complementan: unos conocen por experiencia directa los problemas de la gente, otros leen los libros con sus argumentaciones, quizá todos se necesitan unos a otros para llegar al fondo de las causas y las posibles soluciones.

Hoy más que nunca necesitamos vivir a fondo la dimensión comunitaria de la predicación. Hay que compartir nuestra reflexión sobre aquellos a quienes predicamos, cómo lo hacemos y qué les decimos. A veces, tenemos demasiada prisa en hacernos oír, demasiada rapidez en pronunciarnos, sin que a ello preceda una seria reflexión silenciosa y comunitariamente compartida, juntando experiencia y libros en un diálogo común. Al modo como Las Casas dice de aquella primera comunidad que supo juntar “*el hecho con el derecho*”. En circunstancias difíciles para la evangelización es cuando más necesitamos la reflexión comunitaria, la **dimensión comunitaria del estudio**, como un elemento de una evangelización con estilo.

El estilo de la verdad: entre el diálogo y la firmeza

Los dominicos fueron a América con el ideal y propósito de evangelizar. Fueron para quedarse y realizar el trabajo para el que habían nacido: ayudar y acompañar a hombres y mujeres en la historia salvífica por medio de la predicación y la compasión. Tal como se dice en una Carta del Maestro de la Orden en 1508, debían ir al nuevo mundo “*a fundar conventos y a predicar la Palabra de Dios*”, y entre sus cosas deberían llevar “*sus libros*”. Durante su primer año de estancia en tierras americanas se dedicaron a instalarse, a iniciarse en el conocimiento de las costumbres, tradición e idioma de sus habitantes, y a observar cuidadosamente todo cuanto sucedía. Llevaron sus libros, pero también se ocuparon de conocer y estudiar lo que no estaba en los libros. Su **observación compasiva** y su **reflexión** pronto dieron fruto.

La biblioteca de la primera comunidad disponía en 1513 de los libros más modernos del momento. Algunos no hacía más de 5 años que habían sido editados. Muchos libros de la época habían dejado de lado la exposición sistemática y se dedicaban más bien a resolver los problemas y a **responder preguntas**. Giraban en torno a la *Quaestio*, a la que prosigue la *Lectio*. La reflexión teológica quería dar respuesta a los grandes interrogantes que se planteaban. Lo que supone que la teología debía orientarse al campo de la acción y de las necesidades del momento. Uno de los méritos de los misioneros fue contribuir a la renovación de la teología típica del momento, al plantear preguntas y problemas nuevos.

La verdad que buscamos y que, al mismo tiempo, nos busca a nosotros, no se refiere sólo a unos enunciados teóricos sino también a un estilo de vida. “*Veritas*” remite, ante todo, a un espíritu: el “*espíritu de la verdad*” (Jn. 4, 23). Al espíritu de quien acoge la vida con **autenticidad y honestidad**, sin concesiones a las apariencias y las mentiras. Una actitud que va acompañada del incondicional **espíritu de objetividad**, de respeto a la realidad. Este espíritu es el signo de toda persona de la verdad, que no finge ni inventa la realidad, sino que la acata y recibe respetuosamente. El estilo de quien ama más a la realidad y a la verdad que a su propia subjetividad y conveniencia. Un estilo que nace de la actitud de respeto, mejor aún, de humildad, que se rinde y se entrega ante la objetividad de lo real, que vive tratando de adecuarse a la verdad y no disimulándola o inventándose. Se trata de afrontar la existencia en promesa de amor y fidelidad a la verdad.

Este espíritu de amor y servicio a la verdad es el camino espiritual dominicano para encontrar a Dios. Un estilo que tal vez nadie como **Santo Tomás de Aquino** supo encarnar, consagrándose completamente al duro quehacer del examen concienzudo de los problemas, buscando claridad hasta donde fuera posible, indagando las cuestiones más acuciantes para la teología de su época, presentando con objetividad y respeto los argumentos contrarios, reconociendo sus propios errores y corrigiendo opiniones. Igualmente, no le faltó el valor de inclinarse ante el misterio cuando el misterio es lo que nos queda. Esto es evangelizar con estilo, con el estilo de la Verdad.

El estilo de vida inspirado por el lema “*Veritas*” es una curiosa y fecunda combinación de **apertura y seguridad**. Sin apertura no hay contacto ni verdadero encuentro. Sin seguridad no puede haber orientación, dirección y sentido. La apertura la da el amor y la compasión que deben guiarnos al encuentro de los demás y de la realidad. La seguridad la concede la luz de la fe en Jesucristo que es “*el Camino, la Verdad y la Vida*” (Jn. 14, 6). Aunque peregrinamos en la noche, tenemos la seguridad de una iluminación al menos para dar el siguiente paso en el camino. De la apertura del amor y de la seguridad de la fe nacerá la predicación de la esperanza.

La apertura conduce a un verdadero **diálogo**. La seguridad, al testimonio de las propias convicciones y a la firmeza y coherencia del testimonio. En realidad, el diálogo sólo es posible desde la propia situación y convicciones. El diálogo vive de las distintas pretensiones de verdad de quienes en él participan. Apertura y fidelidad son ambas condiciones del diálogo. La apertura se lleva a cabo primeramente en la escucha sincera, el respeto a las diferencias y la estima por las convicciones ajenas. También debe conducir al reconocimiento de la verdad del otro y a ver las implicaciones de esa verdad en la propia situación. El estilo de la verdad se caracteriza por enseñarnos a valorar cada vez más nuestras diferencias enriquecedoras.

El profundo respeto a la verdad lleva al **respeto del otro**, de sus tradiciones y culturas, incluyendo las tradiciones religiosas. Es uno de los rasgos más destacados del estilo dominicano. Bartolomé de Las Casas subraya este aspecto del respeto a las costumbres religiosas de los habitantes de las Indias. Llama poderosamente la atención cómo los autores dominicos de las primeras gramáticas en América muestran un inmenso respeto a las lenguas nativas, y en ellas a sus culturas. Es una consecuencia del reconocimiento de la dignidad de la razón, que proviene de la tradición intelectual dominicana. Aunque, en expresión de Adorno, *“los seres humanos suelen ser mejores que su cultura”*, por lo que el mayor respeto es el que se muestra a la dignidad del ser humano, y de ello dan testimonio los primeros dominicos en América.

Otra manifestación del respeto a la verdad es el **respeto a la historia**, lugar de su desvelamiento. En muchas ocasiones se puede constatar el respeto con el que en la Orden se trata a la historia. Me ha llamado la atención que todavía se conserven en el convento de Corias –acabamos de celebrar los 150 años de la fundación del convento y de los inicios de la restauración de la Orden en España en 1860- las imágenes de la época benedictina del monasterio. Hay instituciones, religiosas o civiles, que cuando llegan a un sitio hacen “tabla rasa” del pasado, retiran todos los símbolos o, lo que es peor, los destruyen, y colocan en su lugar los símbolos identitarios propios. No es el modo de actuar de la Orden que, a menudo, ha tratado de preservar el valor de las culturas y tradiciones autóctonas, mostrando una especial consideración a la historia pasada. Y ello, en el fondo, por una razón teológica que es la clave de la espiritualidad dominicana: la historia es el lugar de la encarnación de Dios en el mundo.

El estilo de la verdad no se queda en meras palabras, sino que lleva a la actuación. Debemos ser conscientes de que **nuestra predicación no puede concluir en la palabra sino en la acción**. Predicar no es sólo predicar, es también participar en la acción: acompañar, ilusionar y compartir las causas hermosas de solidaridad y fraternidad que promueven las gentes de buena voluntad. Aquel sermón de Adviento puso en marcha un movimiento de acciones que ha llegado hasta las reivindicaciones de los derechos humanos en nuestros días. Resulta imposible saber hasta dónde llegará una predicación con pretensión de promover alguna acción. Nunca se pueden prever los frutos que puede dar la siembra de la Palabra viva.

La diversidad como estilo dominicano

La primera comunidad en La Española practica la vida comunitaria fraterna propia de la Orden, que es un testimonio de convivencia en la diversidad. Siendo personas distintas, su predicación es comunitaria. El estilo dominicano es una realización práctica de unidad en la pluralidad, de convivencia fraterna en la diferencia. Una de las notas más distintivas de la Orden –de la que nos sentimos orgullosos- es haber conservado la unidad en sus casi 800 años, en medio de tantas divisiones sociales y eclesiales. Pues bien, ello se puede deber a que ha colocado la **diversidad en el centro de su espiritualidad** y la ha integrado en un estilo de vida que quiere estar animado *“por un mismo Espíritu”* y dirigido por el debate racional y comunitario de los problemas, es decir, por el diálogo fraterno comunitario. Este es uno de los principales aportes de la vida dominicana para una convivencia en la diversidad.

En nuestro momento cultural suele subrayarse mucho el valor del pluralismo, el derecho a la diferencia y el reconocimiento de las minorías. Pero hoy es igualmente necesario volver a afirmar con idéntica convicción la **unidad** fundamental que nos vincula como sociedad humana y la fraternidad como reto moral, social y político. Quizá es aún más urgente que nunca encontrar ejemplos y testimonios de formas de vivir la diversidad que contribuyan a afianzar una unidad fraterna y enriquecedora de la humanidad. Además, pertenecemos a una Orden internacional, donde la convivencia de distintas culturas en una misma comunidad ya comienza a ser frecuente entre nosotros. Algunas de nuestras comunidades ya son claramente multiculturales. No es sólo un reto para nuestra convivencia. Es una perspectiva para nuestra misión hoy. Esta misión consistiría en promover **comunidades interculturales** que se convirtieran, como propone J. B. Metz, en *“células germinales de espléndidos intercambios culturales, que serían hogares primeros para la convivencia de diversos mundos culturales”*. Ni que decir tiene que esta experiencia de vida intercultural sería de gran ayuda para descubrir aspectos importantes y métodos más eficaces para la inculturación de la fe y de la misma vida religiosa.

¿Cómo valorar e integrar igualmente la pluralidad y la unidad? La auténtica unidad viene dada por la forma en que se asume y se integra la pluralidad. Cuando la diversidad no sólo se acepta sino que se recibe como un don positivo, cuando se respeta al otro en su identidad y se acoge con fraternidad y diálogo, entonces estamos ante un modo de vivir e integrar la pluralidad que humaniza y ayuda a ganar en calidad a lo humano. No es la pluralidad o diversidad en sí misma lo que humaniza sino el **modo respetuoso, fraterno y dialogante** como se viva y potencie. La pluralidad y la unidad solo humanizan si llevan adosados los valores de la igualdad, el respeto, la fraternidad y el diálogo.

En realidad, el pluralismo es la otra cara de la moneda de la unidad, es su condición de posibilidad. Si el don de la unidad ha sido uno de los aspectos más destacados de nuestra Orden, también lo es el de haber integrado la diversidad en el centro de su espiritualidad. Da la impresión que **la Orden ha recibido el don de la unidad integrando de un modo positivo la diversidad**.

Ciertamente, en la Orden se respeta la pluralidad y se vive la riqueza de las diferencias. Solemos decir que no hay dos dominicos iguales. Nuestra formación no se parece para nada a la fabricación en serie de un mismo producto. El fundamento de la unidad de la Orden hay que buscarlo, ante todo, **en el modo de comprender e integrar la inteligencia y el uso de la razón**. Dicho de otro modo, la clave de la unidad en la Orden puede estar en el modo de integrar la racionalidad con la fraternidad y la vida espiritual. La forma de abordar los problemas, la sensibilidad a la verdad de cada cosa, “venga de donde venga”, la valoración del deseo de verdad que se encuentra en todo ser humano, el método de pensamiento que tiene en cuenta las opiniones contrarias, el discernimiento y amor a las fuentes, el recurso a los principios fundamentales para esclarecer las cuestiones disputadas. En definitiva, el diálogo como estructura del pensamiento y camino hacia la verdad -pero sin concesiones ni al maltrato a los demás sin fraternidad, ni al mero acuerdo comunitario sin verdad- es un elemento que ha contribuido decisivamente a que la diversidad esté en el centro de la espiritualidad dominicana y esto haya sido garante de la unidad de la Orden en su historia.

Cuando la racionalidad y la fraternidad se encuentran, mejor aún, cuando se besan, como elementos sustanciales de la vida espiritual, desde ese momento la diversidad no es ya un problema, sino un **don** que se valora y se acoge para el bien común, y como tal se convierte en germen de la comunión fraterna. Del mismo modo, la unidad de la fraternidad y de la racionalidad dialogal se convierte en garantía de la aceptación pacífica y positiva del otro en su diferencia. Por eso, el capítulo general de Roma (2010) afirma: *“Nuestra predicación desde una comunidad fraterna, plural y dialogante debe ser signo sanador en una Iglesia y una sociedad afectadas por constantes divisiones, confrontaciones y polarizaciones”*.

La **libertad** es sustancial en la vida dominicana. Para muchos de nosotros es lo que más nos ha atraído de la Orden. No se ofrece un modelo único de ser dominico previamente establecido para que se asuma en detalle, sino que se señalan las amplias condiciones en las que cada uno construya su propia vocación e identidad personal. Por eso, decía Schillebeeckx que una de las representaciones artísticas que mejor había captado el espíritu de Santo Domingo era la de Matisse. Unas cuantas líneas generales representan su boceto o silueta, como el esqueleto de la vida dominicana, pero Santo Domingo nos ha dado una gran libertad para que cada uno las rellene con un contenido diverso y para que cada uno mueva el esqueleto con su personal gracia. Algunos jóvenes, cuando entran a la Orden, quedan desconcertados: no se les ofrece un modelo de fraile perfectamente delineado, ni se les dice qué deben pensar respecto a todas sus preguntas. Alguno ha quedado ciertamente descolocado al comprobar que no se tenía el mismo horario en todas las comunidades, ni se rezaba igual, ni se tenían las mismas respuestas... La libertad es el único contexto para que las cualidades personales se desarrollen y para que la vocación personal florezca. Uno no puede esperar de una Orden que valora e integra positivamente la diversidad, hasta situarla en su centro espiritual, que se lo dé todo resuelto y le asigne un camino perfectamente planificado. Mucho va a depender, en nuestra trayectoria dominicana, de la propia iniciativa y del propio interés por contribuir al bien común desde las cualidades y aptitudes personales que uno tiene o que pueda llegar a tener. Por ello, la vocación sólo madura cuando uno pasa de considerar lo que la Orden le debe ofrecer a uno, a pensar y actuar buscando lo que uno le puede ofrecer y entregar a la Orden.

El fundamento último de la libertad individual no es otro que la dignidad del ser humano, hecho a imagen y semejanza de Dios. La tradición cristiana no reduce la libertad a mera ausencia de ataduras u obstáculos (“libertad de”), sino que la entiende en términos de consumación de la propia identidad (“libertad para”). **La persona es tanto más libre cuanto más coincide consigo misma**. Es decir, la verdadera libertad está en realizar la propia vocación. Por ello, la libertad es también una tarea contante que coincide con la **responsabilidad**, fundamentalmente con la capacidad de responder a la propia vocación.

El modo positivo de integrar la pluralidad también tiene mucho que ver con el que seamos capaces de reconocernos como una “comunidad de iguales”. La pluralidad enriquecedora solo puede fructificar en la igualdad fundamental como hermanos. La **democracia dominicana** custodia el respeto al carácter único de la persona, a su dignidad, y, al mismo tiempo, hace posible ese florecimiento de la diversidad en un mismo proyecto común. La democracia es uno de los elementos más destacados de nuestra espiritualidad. Es más que votar para descubrir la voluntad de la mayoría.

Implica también descubrir la voluntad de Dios, que nos habla a través de los demás hermanos. La democracia nos invita a creer en la mayoría como camino para hallar el bien común al que nos conduce la voluntad de Dios. Como escribe Timothy Radcliffe: *“Nuestra tradición de dar a cada hermano voz y voto no es siempre la más eficaz para llegar a las mejores decisiones, pero es un testimonio de los valores evangélicos que ofrecemos a la Iglesia y que la Iglesia necesita ahora más que nunca”*.

Hemos sido creados en diversidad. Esta diversidad refleja la imagen original de Dios. Una pluralidad llamada a la comunión, a la unidad, manifestada en la imagen de la **Trinidad**. La Iglesia es la imagen y manifestación de la Trinidad. La unidad trinitaria no es uniformidad, pues son distintas personas. Ni es una pluralidad yuxtapuesta, ya que no es una federación de tres deidades. Se trata de una pluralidad en comunión de vida, en unidad de amor. Así pues, las diferencias no son separaciones, sino diferentes dones al servicio de una comunidad de amor. Se trata de una visión positiva de las diferencias como riquezas para el bien común. No son riquezas que haya que “soportar”, sino que se reconocen y se admiran, se valoran y se agradecen. No se integra bien la diversidad en un grupo hasta que no se agradecen las diferencias. Nuestro desafío permanente está en valorar más las diferencias como aportes al bien común del que todos participamos.

¿Dónde están los límites de nuestra diversidad? Pues en que las diferencias estén al servicio del **bien común**. Si la diversidad no es beneficiosa para el bien común o no ayuda al mismo, sino que más bien lo entorpece o bloquea, entonces no es una diversidad enriquecedora y positiva. La diversidad debe servir al bien común como los distintos órganos o partes del cuerpo sirven al conjunto de la persona. Cada uno tiene derecho a su propia diferencia personal. Incluso cada uno tiene “derecho” a cultivar su propia manía o su peculiar rareza. ¡En esto todos somos expertos! Pero el límite de la diversidad está en la consecución del bien común. Así interpretó San Pablo la unidad en la pluralidad al hablar de **un mismo cuerpo** con distintos miembros y funciones. Y sobre esta unidad en la pluralidad, o diversidad *“en un mismo Espíritu”*, sentenció: *“Así es también Cristo”* (1 Cor. 12, 12).

Un estilo que brota de la compasión

Los primeros dominicos en América, y posteriormente Francisco de Vitoria y Bartolomé de Las Casas, se caracterizaron por unir la predicación del Evangelio a la promoción de **la justicia y la dignidad** humana. La espiritualidad evangélica les dio una peculiar y densa sensibilidad compasiva, de la que brotó una predicación valiente de la justicia. La compasión sacude toda la sensibilidad para estar atentos a lo que ocurre y acontece en el entorno. La compasión le da a la mística unos **ojos abiertos y despiertos** para captar el sufrimiento, las injusticias y las necesidades de los demás. La mística de la compasión es una mística de la visibilidad, porque nos abre los ojos para ver al otro, para descubrir, en primer lugar, que “está ahí”. A menudo, podemos tener cerca a personas a las que “no vemos”. También tenemos la experiencia de que hay personas cercanas que, algunas veces, viven tan preocupadas por sus propios asuntos, que ni siquiera nos ven. La compasión devuelve la vista. Impide que tratemos a los demás como si fueran invisibles. No ser capaz de ver a quien tengo a mi lado es el comienzo de la deshumanización: convertirnos, poco a poco, en hombres sin

compasión. De ahí que la pregunta más penetrante en el Evangelio sea la de aquellos que se admiraron respondiéndole a Jesús: “Señor, ¿cuándo te vimos...?” (Mt. 25, 37-39.44).

La mística de la compasión es una mística de ojos abiertos que escucha el mensaje del Evangelio **poniéndose en el lugar del otro**, centrada en el punto de vista del otro, especialmente en el punto de vista **del pobre y de la víctima**, con quien Jesucristo se identifica. Es la lectura de la realidad que hace Las Casas y que se concreta en leerla “*como si fuera indio*”. Todo ello le conduce a una teología y una espiritualidad encarnadas que perciben a Cristo en el pobre y al pobre en concreto en la persona del indígena americano con quien se encuentra. No es extraño que el método teológico lascasiano siga siendo pauta a imitar hoy en los procesos de inculturación del Evangelio.

Se ha insistido en que la predicación de la primera comunidad no es moralizante sino teológica, lo que les lleva a interpretar las acciones injustas de los conquistadores como “ceguera”, y no como “maldad”. Sabemos que, en el fondo, lo que les motiva a los frailes es **el bien último de todos**. La compasión alcanza al pecador para que se convierta, para que goce de la salvación, es decir, del ‘*plus*’ de vida que Dios nos da en Jesucristo. Por ello, la suya no es una predicación “contra” nadie, sino que busca la salvación de todos, empezando por la de sus propios compatriotas avariciosos. Les preocupa su salvación y predicán para iluminar su actuación. Su predicación viene motivada por las mismas actitudes de Jesús en los evangelios: la compasión con el débil, la indignación con los poderosos y la salvación de los pecadores. No les acusan de maldad sino de estar ciegos. Quieren llegar hasta el fondo para erradicar no sólo la maldad personal sino aquello que la justifica y la mantiene. Por ello, la formación es el principal desafío para lograr cambiar el pensamiento y las doctrinas que justifican lo injusto y las causas estructurales que sostienen las injusticias.

Un aspecto al que quizá hoy debamos prestar atención, y muy subrayado por Las Casas, es cuando dice que **el principal pecado es el de omisión**. Es decir, el bien que se ha dejado de hacer. La mayor falta contra la compasión tal vez sea también la de omisión. Es lo que está detrás del pasaje del juicio final de Mateo 25: ¡lo que no hemos hecho! No es la predicación de la Orden una predicación centrada en el pecado sino en la encarnación, más optimista de las posibilidades humanas que pesimista respecto a la condición pecadora y herida de la naturaleza humana. Desde nuestra tradición se insiste en el bien que estamos llamados a hacer, y cómo es precisamente en el bien que no hacemos donde está a menudo nuestro mayor pecado. Por ello, la promoción de la justicia no es sólo denuncia de los atropellos que se hacen, sino también la búsqueda de tantas justicias que todavía están pendientes de realizarse en nuevos ámbitos y lugares. La sensibilidad evangélica nos ayudará a descubrir estas **nuevas justicias**, y nos ayudará a sobrepasar las relaciones de justicia hasta alcanzar las relaciones de **gratuidad**, propias de la donación de la vida, del perdón y de la generosidad del amor.

La inspiración de estos grandes dominicos del pasado procedía del Evangelio. Su testimonio nos muestra la fecundidad del Evangelio cuando es creído, encarnado en la propia vida y predicado con el estilo de Jesús de Nazaret. Poniendo la mirada en la audacia de su testimonio y, sobre todo, en la fuerza inagotable del Evangelio, también

nosotros en 2010, 500 años después de la llegada a América de los primeros dominicos, podemos renovar nuestras energías y nuestro compromiso con una evangelización con estilo. Como afirma fr. Gustavo Gutiérrez: estamos ante *“un humanismo sin fronteras que se alimenta en veneros cristianos”*. El estilo dominicano de evangelización es **el estilo de este gran humanismo**. Al menos, trata de serlo.

Madrid, 28 de Noviembre de 2010

Primer Domingo de Adviento

Fr. Francisco Javier Carballo Fernández, O.P.

Prior Provincial